LA EUCARISTIA.

Altísimas son las ideas que la Religion verdadera nos da de la grandeza del Señor: más no solo nos enseña á contemplar en su naturaleza las perfecciones infinitas; sino que tambien nos las manifiesta reveladas en sus obras, especialmente de aquellas que han tenido por objeto la reparacion y la felicidad eterna del hombre. Una de estas obras admirables es la Eucaristía. Amor inmenso, sabiduría infinita, poder sin límites se necesitaban para que Dios se hiciera hombre y padeciera y muriera por los hombres: amor inmenso, sabiduría infinita, poder sin límites se necesitaban tambien para la institucion de un Sacramento en el que se nos asegurara la real presencia del Salvador sobre la tierra hasta el fin de los siglos y se comunicara abundantísimamente el fruto de la redencion.

Nuestro entendimiento, pequeñísimo en verdad, no se satisface con lo pequeño: basta que pueda abarcar en su concepcion el objeto que se le presenta, para que luego experimente la falta de saciedad en su sed de saber: no tanto aspira á comprender, cuanto á verse abismado en la contemplacion de verdades elevadas que le presenten una perspectiva en que no alcance á percibir los límites, y le dén materia indeficiente para enriquecerse sin cesar con preciosos conocimientos. Hé aquí, pues, como la Religion satisface esta aspiracion nobilísima de nuestra inteligencia: prescindamos de las otras verdades reveladas y fijémonos únicamente en la que dá materia para este artículo. En todos los más raros fenómenos, en todos los recónditos arcanos de la naturaleza que el más profundo filósofo alcanzara á investigar, ¿qué habría que pudiera compararse con los prodigios que en la Eucaristía obra la Omnipotencia? Allí se verifica una conversion muy superior á todo lo más sorprendente que puede presenciarse en las trasmutaciones naturales. Allí, un mismo cuerpo, sin dividirse ni multiplicarse, se hace realmente presente en muchos lugares, y el cuerpo realmente presente se oculta á los sentidos; descubriéndosenos con esto la posibilidad de ser presentes los cuerpos de otro modo muy distinto de aquel de que nos asegura la experiencia, y que no está sujeto á las leyes físicas que rigen el Universo. Allí en la realizacion de tantos prodigios que la razon con sus solas fuerzas no habría llegado jamás á descubrir, se nos presenta el Señor de la naturaleza haciendo ostentacion de su poder, como que es el autor del ser de las cosas; cuya esencia conoce, y en ellas puede obrar lo que ningun creado entendimiento alcanzaría con sus propias fuerzas. Y la union íntima é inefable del hombre con Dios al recibir en la Eucaristía á su Salvador, puede contemplarse, más no comprenderse, ni mucho explicarse cumplidamente con palabras: así como tambien, ¿quién podrá estimar debidamente, ni aun enumerar todos los insignes beneficios que el Señor derrama por medio de un sacramento en que con tanta magnificencia nos comunica las riquezas de su bondad?

Mas si el entendimiento del hombre aspira á lo grande, á lo inmenso, tam-

bien á lo grande, á lo inmenso tiende nuestro corazon: ¿Y qué cosa más á propósito para llenarlo de contento y alentarlo con las más bellas esperanzas que conceder al hombre miserable la union íntima con su Salvador que habrá de hacerlo feliz en la éternidad? Y si el hombre sufre, si está rodeado de miserias y peligros, ¿qué mejor compañero, qué amigo más fiel, qué defensor más esforzado, qué padre más amoroso pudiera dársele para que estuviera siempre con él en su triste morada terrenal, que el mismo Salvador que lo redimió con su sangre? *Pasó haciendo bien:* en esta sencilla expresion compendió el Sagrado Texto tantos beneficios, tantos prodigios de bondad que obró el Redentor, cuando vivió visiblemente con los hombres: *Hizo una memoria de sus maravillas:* así compendía tambien otro Texto Sagrado los prodigios que el mismo Redentor obra y obrará hasta el fin en la Eucaristía. Sí, en ese augusto Sacramento todo es prodigio y prodigio de clemencia y de amor. La palabra del Señor pronunciada en la última Cena por el mismo Dios-Hombre, y despues por aquellos á quienes se digna hacer participantes de su Sacerdocio, hace presente á Jesucristo donde se encuentra una hostia consagrada. ¿Y con qué objeto está presente en tantos lugares *JESUS*, el Salvador? ¿Con qué objeto sino con el de colmarnos de todos los bienes? ¿Con qué fin se acerca un bienhechor á un necesitado, un amigo al amigo que gime en la desgracia, un padre á un hijo que sufre? Si al bienechor, al amigo, al padre en esos casos no les enseña otra cosa la naturaleza sino la compasion, la dulzura y la beneficencia, ¿qué no habremos de esperar de nuestro Salvador que está con nosotros, y con cuyo amor jamás puede compararse todo lo más vivo, más delicado y más noble que inspira la naturaleza? Está presente Jesucristo en la Eucaristía para derramar consuelo celestial en el alma de los que sufren, para dar auxilio á los necesitados y fortaleza á los débiles, para hacer misericordia con los criminales y aun con los más detestables criminales; porque si el publicano en el templo de Jerusalen donde todo era figura, alcanzó clemencia con arrepentimiento y oracion humilde, ¿cómo el criminal arrepentido y humillado no la alcanzará de su Salvador realmente presente?

El protestante no cree estos grandes beneficios de la Divina Misericordia; y aunque la Verdad Eterna los asegure en el Evangelio con palabras terminantes, quiere él que todo se reduzca á figuras. ¡Ciego! ¿Y por qué no dice tambien que son figuras la tierra que lo sostiene, los alimentos que lo nutren, el sol que le alumbra, y que él mismo es solo una apariencia, supuesto que la realidad de todo lo existente nos la asegura la palabra de Dios, á la cual no quiere creer cuando asegura la realidad en la Eucaristía? Pero el protestante no cree porque pretende en su orgullo que su pequeño entendimiento ha de dar la medida de los pensamientos de la Sabiduría Infinita. El protestante por contentar su orgullo, vive en la aridez y carece de todos los inefables consuelos que ha preparado el Señor con su real presencia entre nosotros. ¡Es digno de compasion!

Pero el católico cree, y cree con firmeza, la real presencia del Salvador en el más admirable de los Sacramentos. ¿Y cómo dejaría de creerla? En ella se le revela un misterio; es cierto. ¿Y acaso el hombre no vive rodeado por todas

partes de misterios? Misterio es la creacion; misterios impenetrables presentan las leyes de la naturaleza; misterio es nuestro ser. ¿Por qué no habríamos de creer al Autor de tantas obras admirables é incomprensibles, cuando nos asegura la existencia de un misterio en lo que ha obrado en favor nuestro?

Es propio de la Infinita Grandeza hacer cosas grandes; lo es de la Inteligencia Infinita obrar de un modo superior á nuestra comprension; y lo es del Infinito Amor anonadar á todo amor por la magnificencia en hacer el bien. La Eucaristía es un misterio de grandeza, de sabiduría superior á toda creada sabiduría, y es fuente de bienes inefables: es por lo mismo una obra digna de Dios. Si lo creemos y confesamos, ¿qué nos resta sino mostrarnos agradecidos, corresponder con nuestros pobres afectos á una bondad inmensa, y acudir á recibir los bienes que el Señor quiere derramar sobre nosotros? ¿Qué cosa más grata para el miserable que la misericordia? Allí, pues, en el augusto Sacramento está la fuente de la misericordia, allí está nuestra riqueza, nuestra defensa inexpugnable. ¿Cuántos desearían ahora haber visto al Salvador cuando vivía visiblemente con los hombres, y haberle comunicado las angustias de su espíritu, y haber oido las palabras llenas de dulzura con que hablaba á los que se le acercaban con fé sincera? Mas no nos llamemos desdichados. El mismo Dios-Hombre que entónces se dejó ver y que mostró su omnipotencia haciendo bien á los desgraciados, mora con nosotros en las ciudades opulentas y en pequañas publicaciones, en la suntuosa Catedral y en la pobrísima é ignorada iglesia rural: el mismo es las manos del Sumo Pontífice y en las del Sacerdote que cuida de los campesinos, y de quien ni aun la existencia conoce la alta sociedad. Donde están sus hijos, donde están los miserables y necesitados, allí quiere estar con ellos el Salvador de todos.

Con muy justa razon celebra la Iglesia con fiesta solemnísima la institucion de la Eucaristía. Es necesario que se desplegue magnificencia en la pública profesion de una verdad sublime y eminentemente consoladora. Es necesario que se dé toda espansion á los elevados sentimientos que experimentan las almas generosas á la presencia de su Salvador. Es necesario, en fin, que á Jesucristo, verdadero Dios, se le proteste amor, gratitud y confianza, y se le rinda la adoracion que donde quiera que esté presente, le debe todo ser en quien brille la luz de la inteligencia.

PRESB. AGUSTIN DE LA ROSA.

LA PROCESION DEL CORPUS.

Dijo muy bien un escritor de esta ciudad, que nuestro pueblo *recuerda como una edad de oro desaparecida aquella en que las procesiones católicas recorrían las calles entoldadas al son de la campana y del cañon.* Bellísimos eran aquellos tiempos en que nuestro pueblo se sentía libre, y justamente libre, para manifestar en pùblico sus sentimientos. Entónces era sobremanera alegre el dia del *Corpus*: á la magnificencia interior del templo que se adornaba con lo más rico y hermoso que poseía, era análoga la manificencia

exterior y el ornato de la ciudad: despues de la celebracion de los Divinos Oficios y concluida la oblacion del Sacrificio de la nueva ley, salía el Señor de su templo para recibir bajo la inmensa bóveda del cielo la adoracion de su pueblo y bendecir á la ciudad fiel que rebosando en alegría hacía pública protesta de su fé. Las sonoras voces de las campanas y el estallido del cañon anunciaban el momento de la salida del Señor del recinto del Santuario, todos se postraban ante su Dios, las armas se rendían, y el pabellon nacional caía por tierra para que en su respetable emblema recibiera la Patria la bendicion del Soberano de las naciones y del Universo. Todos tomaban parte en aquella insigne solemnidad, el Pastor y el Clero, y las Autoridades civiles y militares, y un pueblo innumerable. ¡Qué gratas impresiones dejaba en las almas la fiesta del Corpus! Años no pocos han pasado desde que por leyes impopulares se prohibió la procesion del Santísimo Sacramento, así como las demás; y sin embargo no pueden olvidarse los bellos recuerdos de los tiempos en que era dado al pueblo entregarse á delicias indefinibles á la vista de un espectáculo sublime y divino.

¿Y por qué no goza ahora el pueblo de la libertad justísima que entónces disfrutaba? Por complacer á uno que otro increyente, por dar gusto á los asalariados emisarios del error que vienen del extranjero á corrompernos y dividirnos: por contentarlos se hace violencia á las poblaciones enteras, á toda la nacion que con decidida voluntad profesa el Catolicismo, y tiene sus más puros goces en presenciar los actos solemnes del verdadero culto. ¿Puede haber algo más impopular, más antifilosófico, más antipatriótico que las leyes que hacen á toda la nacion una violencia tan injusta?

PRESB., AGUSTIN DE LA ROSA.

¡Desgraciados mexicanos en su propia patria.—La suspension de garantias!

Se sancionó la funesta ley iniciada desde la mayor altura del Poder. Están suspendidas por un año las garantías, no solo constitucionales, sino tambien de Derecho Natural en contra de todos aquellos de quienes un gefe de fuerza rural diga que sorprendió *in fragranti* como salteadores comprendidos en las primeras fracciones del artículo segundo de la terrible ley, que dice así en el art. 3.° "Los salteadores comprendidos en las fracciones I, II y III del artículo anterior que fueren sorprendidos *in fragranti delicto*, sufrirán la pena capital, sin otro requisito que el levantamiento de una acta por el gefe de la fuerza aprehensora, en que se hará constar el hecho de haber sido aprehendidos *in fragranti* y la identificacion de sus personas."

Esta disposicion dice con toda claridad que *los gefes de fuerzas rurales tienen absoluta libertad para matar, con la única condicion de que en una acta levantada por ellos mismos, digan ellos, los matadores, que á los que privaren de la vida los encontraron cometiendo delito.*"

¡Un año durará esta licencia! ¿Quién podrá calcular todos los asesinatos de mexicanos que en ese año habrán de cometerse? Los odios, las venganzas